

GOLEM

Yo te puedo decir, Borges querido
qué fue de aquel rabino impertinente:
Sobre su tumba vi, ángel silente,
una sombra de miedos y de olvido.

Bajo la tierra estéril, un quejido
que murmuraba el Nombre impenetrable
llegó hasta mí, viajera impresionable
horadando la historia en tour liviano,
y un gélido pavor cercó mi mano
cuando rocé la lápida incunable.

Ay de aquel cementerio mancillado
en pleno corazón de urbe liviana.
Ay del recuerdo, de la voz insana
que laceró los cielos...

Pobre hado
persigue aún al Golem animado
que no sabe morir su vida vaga.
Aún merodea al borde de una draga...
del río al camposanto viaja el necio,
y no entiende por qué tanto desprecio
del rabino,
de Dios,
de toda Praga.

(SIN TÍTULO)

(escritas como parte de un [intercambio
vía email con un joven poeta de Santiago de Cuba](#))

Bajo el crepúsculo gris
la ciudad desaparece.
Es certidumbre que crece
y destella cual matiz
de una asonancia. Es el bis
de una canción que a retazos
entona el alma, zarpazos
de urbanístico desaire
que enturbia el reposo, el aire,
la paz, la duda, el ocaso.
En las manos del espejo
depongo el pan, la alegría,
la rabia del primer día
y el aura de mi reflejo.
Miro el camino perplejo
donde el eco de los coches
alarman con sus reproches
el empedrado dormido.
La ciudad muere. Se ha ido.
Sólo quedan sus fantoches.

CONFRONTA EN LA HABANA

Mi sentencia es tu cuerpo.
Es el hogar
del que escapo risueña a media luna.
Castigo inesperado.
Una fortuna
que no alcanzo angustiada a desnudar.

Culpable de una noche para dar
tus ojos de caricia en despedida,
me colocas al borde de la vida
para perderla en ti
—sutil conjura—
y en un parque de impúdica locura
me provoca tu mano en estampida.

Luego velar sobre tu sueño infiel,
mirar tu rostro sobre el seno escaso
y descubrir las rutas de tus brazos
cual remota crisálida a mi piel.

Tus párpados se van
—tibio papel—
ocultándome el iris previsible.
Pero yo parto ansiosa, indetenible,
a remontar tu espalda y navegar,
sorteando poro a poro hasta el lunar
más recóndito gris incognoscible.

Penetro frente al mar tu estrecho istmo
para explorar sus sitios sin ropaje
(tu erguida desazón nace al oleaje
de mi lengua tallando el erotismo)
Tendida la celada de mi abismo
tu elocuencia prefiere traicionarte
mientras domo implacable tu estandarte
milímetro a milímetro en mi giro...

Hasta apagar tu voz,
y en un suspiro,
extender mi lujuria y desgarrarte.

ESCRITO EN PUERTO CARENAS

I
Dos astros cruzan el día.
Sus órbitas se bifurcan.
Ajenos, el tiempo surcan,
se repelen, se dan vía.

Van presos de esa manía
de ver distancia en lo incierto.
(Caos Amor Ángel muerto...
Valladares de otras luces)
Astros que mutan en cruces:
Huellas negando el desierto.

Pero queda el desconcierto
gravitándoles la piel.
Queda el eco del cincel
tallando el mármol despierto
de sus venas.

Queda el puerto
esperando por más velas...

Se desbordan las esquelas
del magro ciberespacio:
Primeras líneas.
Prefacio.
Se abren mudas portezuelas.

II
Se miden en un latido
tres almas: Piedra en el centro.
Anuncio del desencuentro
posible
cuando un ladrido
de la carne lleva al nido
prestado de la impudicia.

Se abruman en la caricia
dos cuerpos. Sobra el tercero.
(¿Página en blanco?)

El tintero
se desborda en su codicia.

Quema en la voz la noticia
—media verdad media trampa—
Se sueñan muros.

No escampa
la urgencia de la delicia.

Viajar. Huir.

Las colmenas
hieden de polen marcado.
El astro joven varado
en asfálticas arenas
aguarda por las escenas
finales de un cauce extraño.

(Cierra capítulo engaño)
Vuelve la madura roca
a hervir su piel:

le provoca
bajar otro travesaño.

(Capítulo de ictericia,
colon, páncreas... La lectura
ahogándose en la frescura
de una fuente seminal)
La lengua es un vendaval
y es látigo de ternura.

Barren charcos de amargura
las voces del aguacero
y desborda el candelero
de la lascivia.

Premura
por desvestir la locura
y abrirle paso en las venas
al placer...

Caen, serenas,
las sombras del desaliento.
Nueva foja para un cuento
escrito en Puerto Carenas.

III

Poco importa que los moros
guarden la costa.

Los besos
son pecados inconfesos.
Los miedos callan sonoros
arrebatos.

Los aforos
del mástil se precipitan.

(En las arterias marchitan
las ajenas conveniencias,
ahogadas por las urgencias
de vientres que regurgitan)

Las horas se precipitan:
Final abierto.

Lujuria.
Más cuerdas para la espuria
cadencia en la que levitan
tres astros.

Hoy se visitan
los oráculos Mañana
¿quién lo sabe?
La semana
es todo vértigo y luz...

Después verán cara o cruz:
La vida enmienda la plana.

MENAGE A TROIS

Primero fue la mano y su tibieza:
Retuvo mi pezón hasta que el labio
deshizo el cerco y demudó el agravio
en húmeda piedad de sobremesa.

Pero la mano se escurrió traviesa
al otro lado de mi pecho inerme
y otro labio se impuso socorrerme
a merced de mis ojos apagados...

(Veinte dedos hurgaban mis costados.
Dos bocas se atrevieron a morderme).

Mientras tejían lujuriosa trenza
desandaban mi espalda y atizaban
la duda en el deseo:

(Esperaban
a la claudicación de mi vergüenza)

Tras la vacilación, la recompensa:
Manantial de saliva en cada poro.
Uñas gimiendo espacio.

Dulce aforo
de mi profundidad.

Incertidumbre
(¿De qué leño brotaba cada lumbre?)
Abismo piel dolor hartazgo a coro.

Sin premeditación ni algarabía
rompimos lienzos, desechamos leyes
y olvidamos los diarios en los muelles
donde carga su pan la fantasía.

Partimos, sin pudor ni alevosía:
Un puerto cada vez.

Un pensamiento.
Lenguas trazando cruz a barlovento.
Mapa voraz.

Concierto de sentidos.

(Espíritus enhiestos, redimidos.
Abordaje y regreso soñoliento)

Puede que nunca se repita el acto,
tallado a cuatro manos sobre el dorso
de mi fascinación.

Tal vez el corso
abomine su afán y rompa el pacto,
o mi vientre musite el miedo exacto
y regrese al redil de lo esperable...

¿Y quien quita soñar lo imponderable?
Otra noche de azares licenciosos...
Conjunción de *saudades* y retozos...
¿y mi pezón?

Gimiendo lo innombrable.